

Llegar con todos y a tiempo

Antonio Calera-Grobet

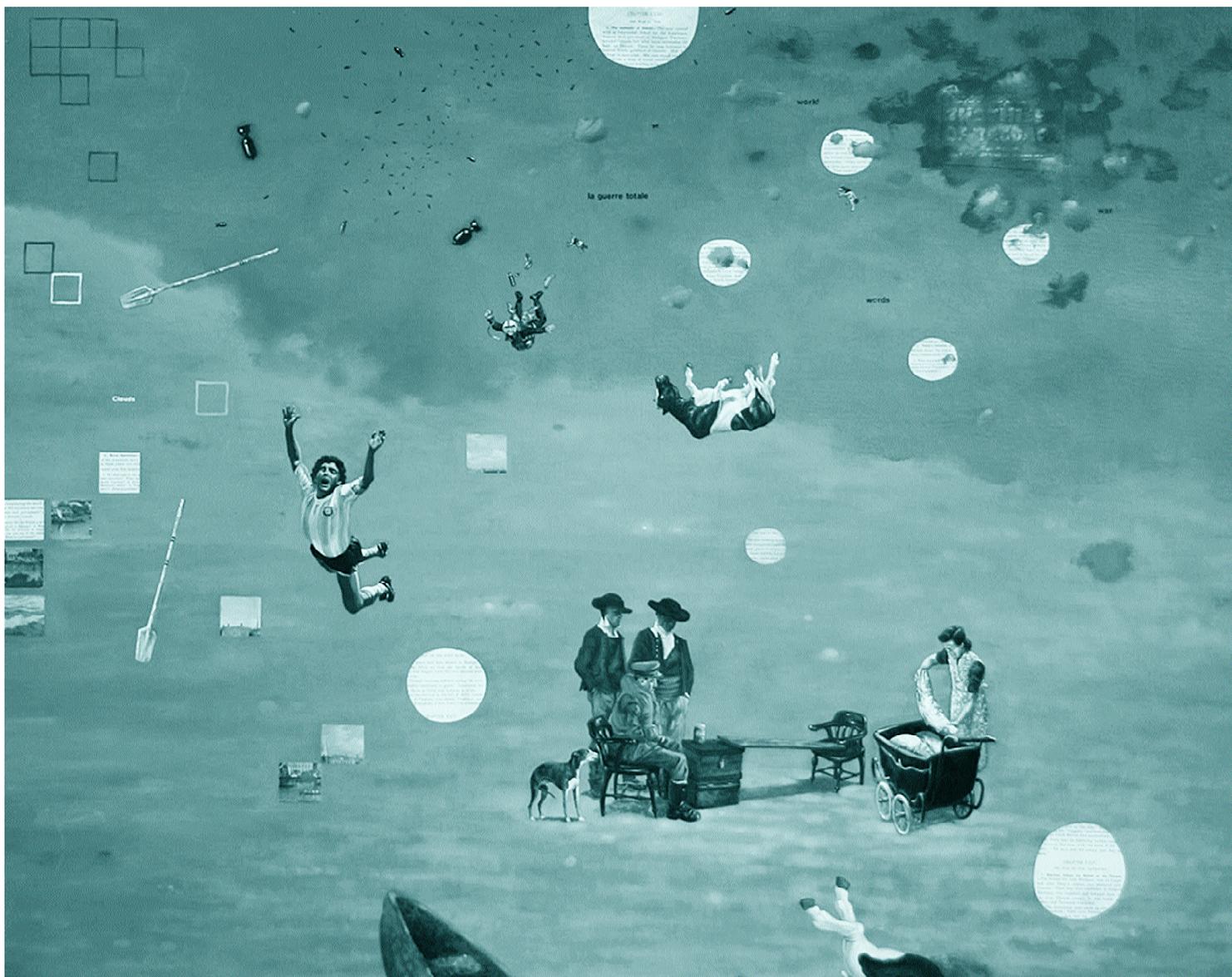
*Voy con las riendas tensas
y refrenando el vuelo,
porque no es lo que importa llegar solo ni pronto
sino llegar con todos y a tiempo*

León Felipe

En palabras del maestro Constantino Cafavis, aquel sabio griego de altos vuelos, existe en la vida de los hombres un momento sin igual, particularmente importante para

el futuro de sus vidas, en que se ven forzados en decidirse a dar el “sí” o el “no”, a aceptar el reto de cualquier magnitud o consigna, a elegir entre la movilidad o el estatismo. Para el maestro de *El regreso a Ítaca*, son aquellos que se deciden por el “sí” los que vivirán una suerte de conmiseración o bonanza de su destino, y aquellos que optan por el “no” los que sufrirán la maldición del arrepentimiento eterno.

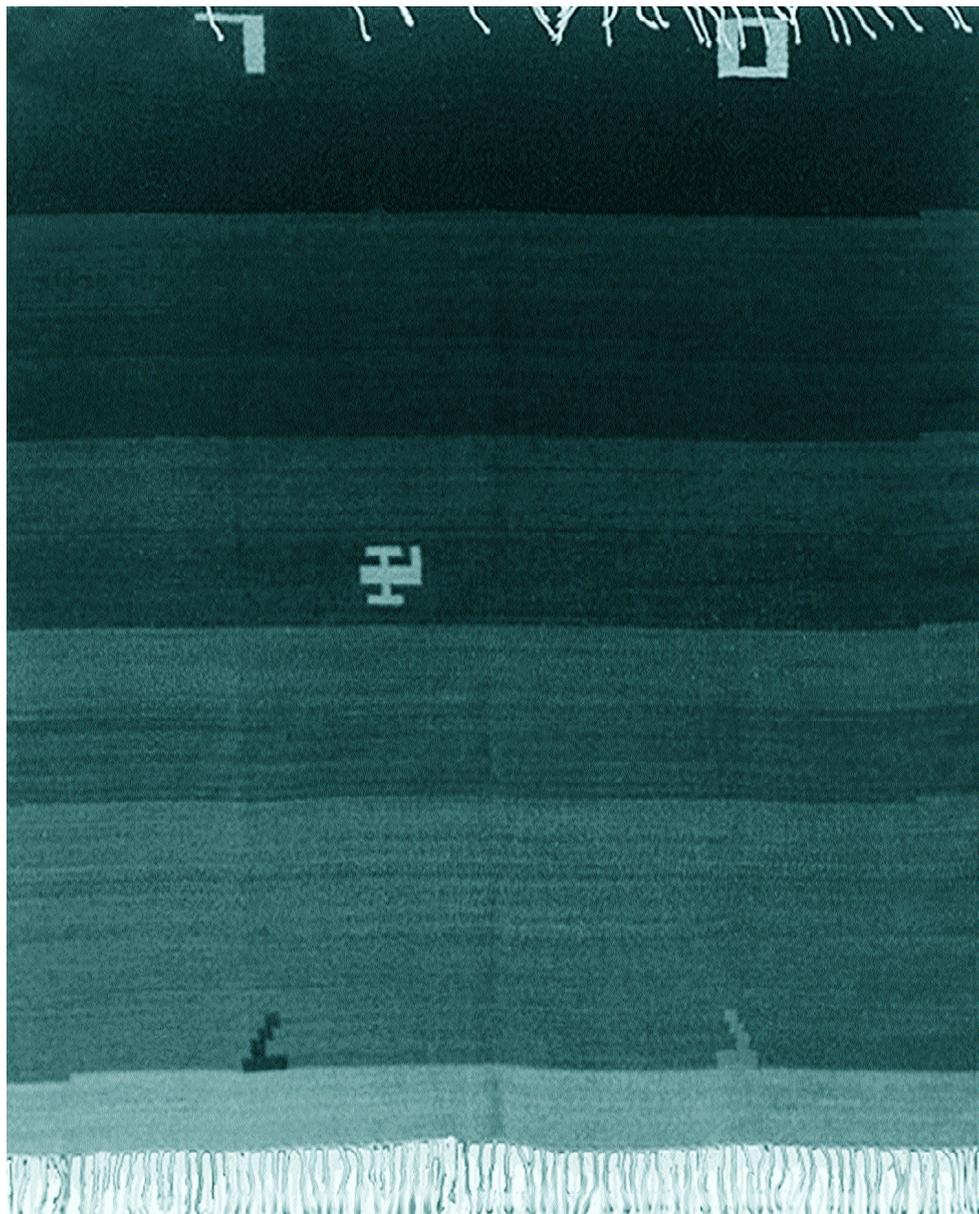
Y aunque en lo que respecta al nacimiento de la exposición *México 70* la decisión de su “sí” no peligró en ningún momento —encontraría en aquella manera de interpretar la valentía o el arrojo un paradigma para su reproducción—, lo cierto es que requeriría de mucho tiempo y un sinfín de circunstancias para verse cuajada en realidad. Una vez aprobada hace nueve meses su primera proyección —hacer una



Heriberto Quesnel, *Proyecto de instalación para la nueva República*, 2003

exposición colectiva de arte contemporáneo conformada exclusivamente por artistas nacidos en la década de los setenta—, hubo que fraguar una investigación a la altura del pasado de la institución anfitriona. Nada más estimulante. Para mí, como para la mayoría de los invitados, la historia del lugar constituía un doble surtidor: representaba con la más alta dignidad los ideales universitarios y, además, desde 1959, año de su fundación —tiempos de *Poesía en Voz Alta* de Octavio Paz, Juan José Arreola, Juan y Fernando García Ponce, Juan Vicente Melo, Salvador Elizondo, Juan José Gurrola, Juan Soriano y decenas de artistas más que fincaron en el lugar su Sherwood, su Central Park, su utopía— se hablaba de la libertad de creación y del paradigma de la promoción cultural metropolitana para el encuentro del arte con el público abierto.

En la primera etapa, en su cara tal vez todavía de anteproyecto, *México 70* planteaba, a finales de 2004, la posibilidad de albergar tan sólo a treinta participantes, y el mecanismo más primitivo fue pensado de la manera más sencilla. Dadas las limitaciones para acceder de golpe al ingente universo tanto de artistas como de expositores potenciales, y la pequeñez de nuestro equipo de trabajo —durante un mes el equipo estaría conformado únicamente por María Minera y yo—, extenderíamos la invitación a un grupo de artistas como asesores, como apoyo. Fueron así invitados el crítico Erik Castillo quien, en primera instancia, fungió como un asesor, y los artistas Marcelo Balzaretto, Heriberto Quesnel y Demián Flores: su apoyo estaba encaminado a proponer listas de creadores de manera individual, para luego reunirlos y contar



Luis Hampshire, *Air-sea-battle*, 2002

con un solo listado con nombres de los artistas que constituirían el cimiento de la investigación curatorial.

Pero de aquellas fechas a su presentación final, tanto la lista de participantes como el rostro de la muestra cambiarían vertigi-

nosamente: sufriríamos repentinamente la movilización de nuestro equipo —para el primer mes Erik Castillo trabajaba ya como miembro permanente y curador en jefe, habíamos perdido a María Minera por un cúmulo de razones accesorias, y había-

El objetivo fue claro desde el principio: sin echar mano de algún motivo temático previo o alguna argumentación teórica anterior —en la medida de lo posible— se invitaría a un universo de artistas nacidos en la década de los setenta...

...unir en un espacio los lenguajes o las técnicas más significativos para una exhibición de actualidad...

mos trascendido a nuestro primer equipo de apoyo, quedando un par de personas con la responsabilidad total. No pasaría mucho tiempo sin que diéramos a la muestra su versión más ambiciosa, ensancháramos sus dimensiones al límite. Para el mes de julio de 2004, instalados ya en las oficinas de la Casa del Lago y con el apoyo incondicional de su directiva, iniciaron formalmente las sesiones de trabajo. Desde aquel momento nuestras obligaciones intrínsecas marcaron el paso: realizar una exposición de tales dimensiones —ambiciones— requería el mayor de los esfuerzos y, en pos de una mirada de veras panorámica, había primero que aumentar el número de participantes: entendíamos que antes que la destilación fina, restringir el número sería caer en

la tentación de la complacencia, y que un ejercicio así —obligadamente masivo— nos exigía asumir de entrada su dimensión generacional.

Entonces la investigación se abrió. Día con día, se vio venir a los artistas para presentar sus trabajos, sus propuestas específicas y, progresivamente, la oficina comenzó a llenarse de invitados, conversaciones, ideas. La tarea no fue sencilla. Compatibilizar las agendas de los artistas, dar un espacio al tiempo y un tiempo al espacio —fuera de la oficina, en los talleres de los artistas, en ocasiones muy de mañana y en otras tarde en la noche— resultó un proceso mínimamente complicado, si consideramos las dificultades inherentes a nuestra ciudad y el número de invitados. Para

finales del mes de noviembre, en el que se cerraría definitivamente el proceso de selección, se habían investigado ya a más de un centenar de artistas y elegido definitivamente a los más de sesenta participantes. Por tal motivo, se pensó en un procedimiento sencillo, que viajara en sentido contrario a la complejidad ya existente: se invitaba al artista por teléfono a presentar su carpeta, se le daban las señas de identidad de la exposición y, tras unos días de análisis, se le notificaba la decisión tomada.

El objetivo fue claro desde el principio: sin echar mano de algún motivo temático previo o alguna argumentación teórica anterior —en la medida de lo posible— se invitaría a un universo de artistas nacidos en la década de los setenta —mexicanos o no pero con alguna presencia registrada en el entorno metropolitano, que por mera cuestión cronológica comienzan a figurar en la escena artística— a conformar una exposición colectiva que incluyera disciplinas varias y estrategias creativas diversas, que permitiera al sistema artístico en general (creadores, estudiantes, espectadores, críticos, galerías, museos, medios) definir más claramente las particularidades de dicha generación al mismo tiempo que la promoviera como una realidad consumada del arte contemporáneo en el país.

Y la idea fue siempre la de abrirse a la inclusión. No sólo en el sentido de unir en un espacio los lenguajes o las técnicas más significativos para una exhibición de actualidad (*performance*, pintura, objeto, estampa, instalación, documentación, audio instalación, escultura, videoarte, fotografía, intervención), lo que ya representaría una intención o búsqueda por ver el todo y no las partes de nuestro fenómeno, sino también abrazar lo mismo a artistas ya reconocidos que a voces en vías de consolidación o, incluso, nombres prácticamente desconocidos que pudiéramos alentar como baluartes, siempre y cuando se tensa-



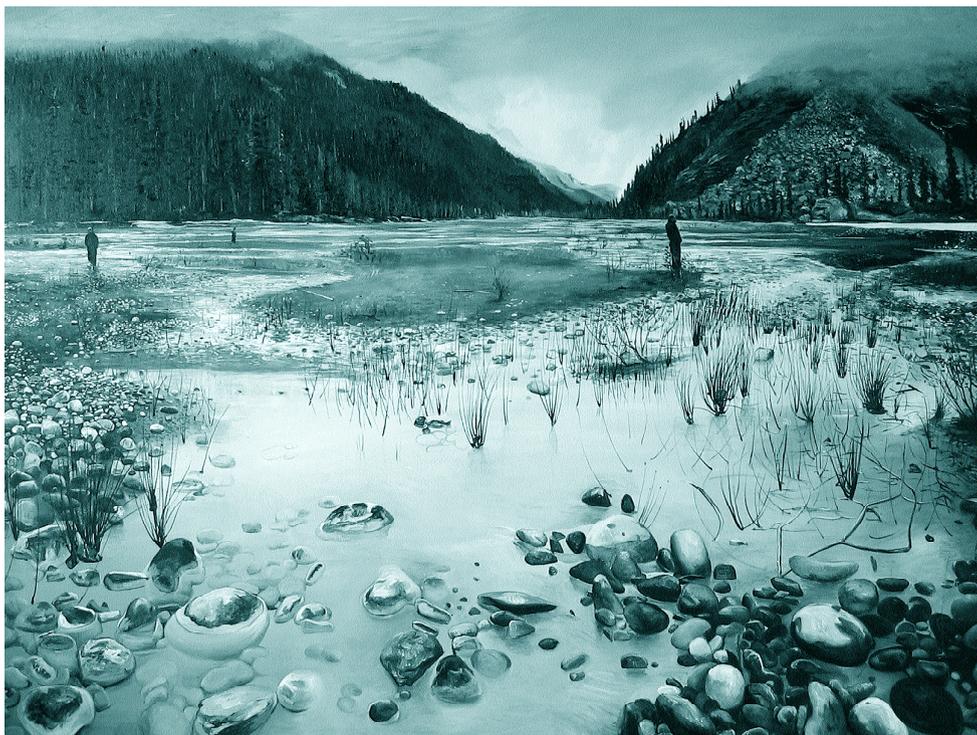
Carmen Parra, *Ciudad Noviembre*, 2004

ra en ellos un ejercicio constante del arte como forma de vida, un interés de profesionalismo. Esto, por supuesto, dio como resultado una muestra libre: obra creada exclusivamente para vivir como arte postal, obra monumental, obra efímera para el día de la inauguración, obra para el día de cierre, obra únicamente como intervención en ciertas publicaciones.

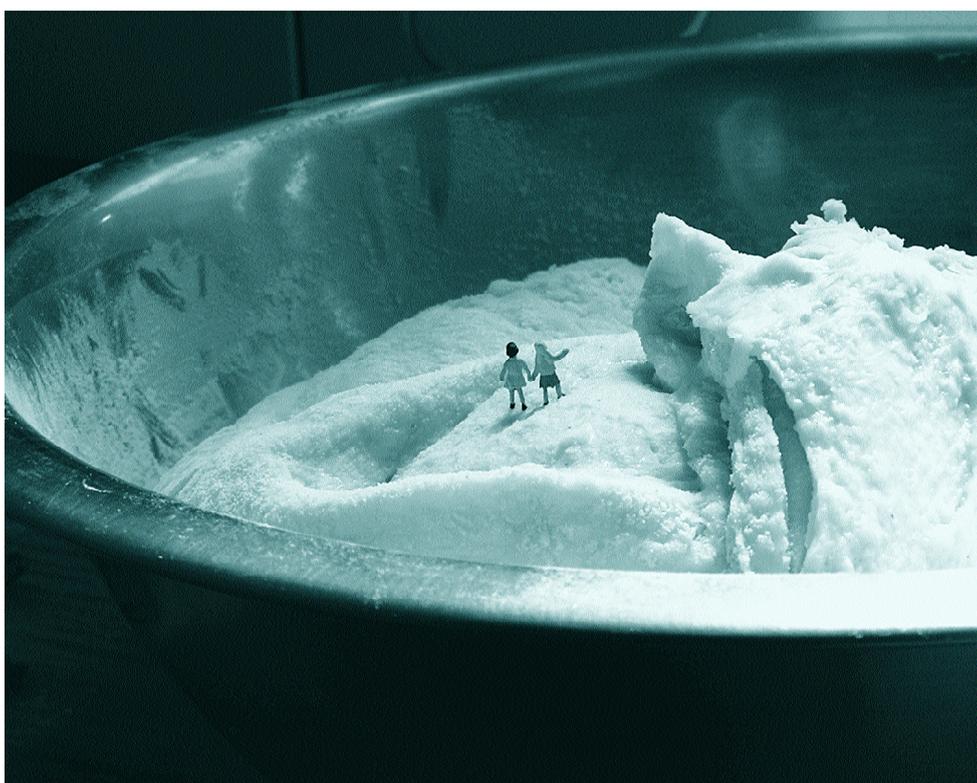
Y en cuanto a su título —*México 70, una década dentro de una generación*— su curador, Erik Castillo, afirma que si bien “una década en el calendario civil, los setenta en este caso, no representa con exactitud la aparición de una generación en el proceso de la cultura”, se ha empleado ésta acaso como “un filtro de método, una forma de delimitar el universo de trabajo curatorial para lograr una biopsia, un detalle consistente del último momento de un mapa que es más grande y complejo”.

Si bien habían ocurrido cosas importantes un poco antes y seguirán pasando todavía en los próximos años, con gente nacida incluso en los ochenta, fue al promediar la última década del siglo veinte, cuando ciertas características se generalizaron: el arte de crítica al museo dentro del museo, prueba de la negociación entre radicalidad e institución; la tendencia fuerte hacia documentaciones fotográficas y audiovisuales de calidad, de acciones efímeras, el trabajo más allá de la pura visualidad y, sobre todo, hacia piezas que incorporan la sonoridad sin ser música, la aceptación sin trabas del arte...

Además, todo esto sin tomar en cuenta que, llamados al trabajo multidisciplinario tanto por la historia del lugar como por el orden de las cosas en el arte, se abrió la invitación al dominio literario, igualmente rico y diverso. En el documento final de la exposición (más que un catálogo un libro catálogo y dentro de él un disco catálogo para reproducir la obra audiovisual de manera digna), se presentarán los textos de un número idéntico de autores que de artistas, realizados por escritores de la misma década: críticos, poetas, narradores, ensayistas, promotores culturales, periodistas. Se trata de textualidades abiertas, realizadas en acuerdo o en comunión con los exposi-



Eric Pérez, *Yoho*, 2001



Ximena Labra, *Masa 4*, 2004

tores —se pudiera hablar en muchos casos de una coautoría— que intentan abordar la obra de arte desde diferentes perspectivas: entrevistas, mapas, críticas expositivas, juegos de diseño, narraciones y demás.

Así las cosas, se presenta ahora en la Casa del Lago una exhibición que reúne el trabajo de más de un centenar de jóvenes artistas, una vista panorámica y representa-

tiva del nuevo arte mexicano. Ésta es una de las más importantes exposiciones de las realizadas en ese bello inmueble universitario y, aunque no podrá contar con un escenario óptimo debido a los actuales trabajos de rescate del Bosque de Chapultepec, mantendrá en su centro la figura de León Felipe a la espera de la llegada multitudinaria de los amantes del arte. ■